

EL "BOLIVAR" DE DEMETRIO RAMOS PEREZ

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

La aparición de la novela de Gabriel García Márquez *El General en su laberinto* (Bogotá: La Oveja Negra, 1989), que ya está en las librerías va a obligar a muchos a volver sobre la peripecia de Simón Bolívar. De allí que no deba llamar la atención que estén circulando seis libros nuevos sobre su figura y obra. Nos referimos a los del chileno Alberto Baeza Flores *Vida de don Quijote de la Libertad* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1988), dedicado a explorar la presencia hispana en su ideario; la *Varia académica bolivariana* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1988) del político socialcristiano José Rodríguez Iturbe, en donde reúne un conjunto de textos casi exclusivamente dedicados al análisis de tópicos de su pensamiento; el de Miguel Angel Martínez: *Aspectos económicos de la época de Bolívar* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1988. 2 vols.) pormenorizado análisis, año a año, de los acaeceres de la economía venezolana durante los años de su vida, aspecto crucial, casi siempre descuidado por nuestros historiadores; la concisa biografía del héroe debida al historiador colombiano Fabio Puyo, *Muy cerca de Bolívar* (Bogotá: La Oveja Negra, 1988); la aparición de la traducción castellana de la biografía de la escritora francesa Gillette Saurat, *Bolívar, el Libertador* (Bogotá: La Oveja Negra, 1987), que es, junto al *Bolívar y Europa* (Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1986), la amplia pesquisa dirigida por Alberto Filippi, una de las indagaciones de más amplio aliento dedicada al caraqueño en los últimos años. La última de todas estas es la que debemos al historiador español, experto en temas venezolanos, don Demetrio Ramos Pérez, *Simón Bolívar, el Libertador* (Madrid: Anaya, 1988. 128 pp.); de esta última queremos ocuparnos ahora.

Este *Simón Bolívar*... brilla a todo lo largo de sus páginas por su certera brevedad. Es una sucinta vida de Bolívar en la cual todo lo sustancial está y todo lo accesorio ha sido dejado de lado. Por ello permite que cualquier lector se forme una idea clara de la personalidad y acción del Libertador.

Ramos Pérez se propuso al redactar su libro buscar lo permanente y vivo que hay en el Libertador. De allí su empeño en situarlo "en su tiempo ideológico" (p. 124), que, como él mismo indica, es el único lugar en que podemos comprenderlo a cabalidad. Porque si no lo vemos como hombre de la Ilustración no podemos saber con certeza cómo hizo para abrir "las puertas de una nueva edad de la historia" (p. 124). Y es ello, como el autor de este *Simón Bolívar*... sugiere, lo que nos descubre "la persistencia de una figura que no pasó a la historia, sino que está en ella" (p. 124).

Es por ello que Ramos Pérez insiste en que para estudiar a Bolívar "La imagen habitual, la que han conservado tantos cuadros y estatuas, no nos sirve: es muda; la que se repite con adjetivos, tampoco: son un montón de retórica... la que ofrecen los que se empeñan en pintarle a su gusto, porque le dejan exagüe" (p. 5). De allí que apunte "Hemos preferido intentar una radiografía vital para descubrir la médula de su mentalidad, que es lo que permite comprender su pro-

ceder por el ancho sendero de la existencia, que no se limita a las empresas militares o políticas, que son consecuencia, sino que se abre a las ansias de la razón y del progreso, en lo que está el secreto de su vida” (p. 5).

A buscar ese enigma dedica Ramos Pérez su nítida exploración. De allí que haya hecho una selección destacando en Bolívar solamente aquello “que tiene sentido constante” (p. 5). Y para hacerlo visible, para lograr escucharlo al trazar su peripecia vital, lo hace “ciñéndonos a sus papeles, que no nos estorban, sino al contrario, al ayudarnos a ver la palpitación, sobre todo en los momentos críticos” (p. 5). Y fueron esos instantes los que, como lo comprendió Ramos Pérez tras hacer la investigación que sostiene su amena obra los que mejor definen al Libertador. Y son éstos los que nos permiten ver cómo él forma parte de aquel pequeño conjunto de seres humanos “que, cuando mueren, no saben que su sombra cubrirá, años y años, todavía, la tierra en la que soñaron y dejaron su vida. Como si estuvieran de pie. Porque su obra creció con ellos, pero no se desvaneció sin ellos” (p. 7). Y en el caso del Libertador se puede comprobar esto. Pero no se entiende si se considera que sus concepciones estaban escindidas “de lo que era el espíritu de esa segunda mitad del siglo XVIII, en el que nació... tampoco apareció predestinado... era exactamente un hijo de su tiempo y producto de una mentalidad que venía empapando a todos: la Ilustración” (p. 7). Y aquello que, a partir del Iluminismo, desencadenó Bolívar fue la lógica consecuencia de la tarea que sólo realizan los fundadores, quienes son los únicos, como lo reconoce Ramos Pérez, que “aciertan a determinar el futuro” (p. 7).

Todo lo que venimos refiriendo lo ilustra Ramos Pérez observando lo esencial de la vida del Libertador. De allí que indique la importancia que tuvo su viaje a España en 1799, en donde además de estudiar, intentó “entrar en el servicio diplomático” (p. 11) hispano, cosa que no logró; su permanencia en Francia e Italia a partir de 1804; el modo de funcionar de la democracia británica que vio en 1810 en Londres; las ricas lecciones que recibió de sus dos exilios (1812-13, 1814-16); la forma como examinó por escrito los porqués de sus reveses y de los de sus compañeros de causa. Tal los contenidos de sus manifiestos de Cartagena y Carúpano y la llamada *Carta de Jamaica*; la forma como llegó a comprender que la emancipación no podría realizarse mientras no se lograra unir todas las voluntades, cosa que se propuso hacer y logró. Incluso a costa de un terrible sacrificio humano, Piar; el modo como observó siempre la cambiante situación internacional, hasta el punto de estar siempre atento a ella, gracias a la lectura de periódicos extranjeros, que siempre llegaban a donde se encontrara (p. 42). Tal era su conciencia de estos asuntos que en algún momento llegó a pensar que muchas cosas dependían de “Dios, Londres y nosotros” (p. 94); la decisión que tuvo de crear un estado fuerte y centralizado; la impostergable necesidad de vertebrar un conjunto de naciones que no fueran débiles ante las grandes potencias de su época, coaligadas muchas de ellas en la Santa Alianza; los fundamentos para la construcción de la paz terminada la contienda bélica y la necesidad, urgida hasta en su hora postrera, de desterrar los personalismos.